

Pandora: retablo vivo de la mujer “impresa”

Rosa Beltrán

NO PODEMOS VIVIR TODA UNA VIDA inmersos en la serie de ideas que han hecho de la mujer el tema central de tantas obras maestras sin que ese retrato forme parte de uno, sin que la “criatura impresa” se convierta, tarde o temprano, en uno. Porque la mujer que vive, sueña, ama y se relaciona con el mundo tiene dimensiones precisas. Pero la mujer escrita adquiere, en cambio, una longitud imprevista. De las más antiguas deidades femeninas a las “bípedas implumes” que pueblan el mundo, las mujeres han sido obsesión, pretexto, modelo, objeto de odio, de culto o de chantaje de los hombres. Pero no fue hasta el siglo XX que la mujer dejó de ser pensada como una de dos especies: o la mártir (y “buena”) o la seductora (y “perversa”) para empezar a pensarse ella misma, como grupo, política, económica, socialmente como parte de una multitud.

Junto con la conquista de los espacios virtuales, una de las utopías del siglo que comienza es explorar cómo somos realmente las mujeres. En qué consiste nuestra especificidad. Las librerías están atestadas de estudios psicológicos, estadísticos, históricos y de novela que se han dado a la búsqueda desahogada de las mujeres: reales e inventadas, grandes, pequeñas, heroínas disfrazadas, ninguneadas, anónimas. Desde las obras de creación más originales hasta las que confunden la literatura con los manuales de autoayuda y superación. No



importa cuánto busquemos: el punto de partida obligado es, y seguirá siendo por algún tiempo, la novela del siglo XX.

Pandora, el espléndido conjunto de historias de Moreno-Durán, es la caja que las contiene todas. Ahí está Molly Bloom, la compleja monologante en un mundo hecho por hombres, o Yerma, la que, privada del poder de dar vida a causa de un hombre, se vuelve enemiga de sí misma. La irresistible Odette de Proust que somete a su amante, y con él a una clase social desde la más voluptuosa vulgaridad; Madame Edwarda y su sabiduría erótica y “perversa”. El ángel azul y su implícita capacidad de

destruir cualquier orden, sobre todo el de la respetabilidad, o la niña Chole, la carnalidad salvaje asociada a todo un continente: América. La mujer que se entrega a la locura como única y tal vez verdadera forma de conocimiento, sea ésta la clarividente doble de Clarice Lispector o la añorada Susana San Juan de Rulfo. Y muchas más. Calculadoras, complejas, contradictorias, ingenuas, todas tienen algo fascinante y todas componen el universo imaginario que hasta ahora hemos dado en llamar *mujer*.

A diferencia de otros libros sobre mujeres, aquí no se trata de hacer teoría feminista ni sucumbir al fundamentalismo ideológico. Este libro es para el lector y la lectora de relatos, sobre todo de novelas. No es, aunque no le vendría mal leerlo,

para el lector especializado, para el académico. Sino para todo aquel que desea ver recontada en pequeñas historias la gran historia de la mujer tal como ha sido contada desde sus más brillantes autores.

En un mundo en que los lectores se han vuelto devoradores omnívoros, *Pandora* es aperitivo y plato fuerte. Puede ser un acercamiento a libros que uno ha leído y ama, pero también una visita a los estereotipos y obsesiones que nos acompañan, aunque no sepamos por qué, en el día a día. Como dice Italo Calvino: uno no puede, nunca, acercarse al protagonista de una obra maestra en estado de absoluta virginidad mental. Nora y su decisión de escapar del yugo matrimonial (nótese que “yugo” está inevitablemente contenido en “conyugal”), Lolita y el poder atávico presente en su naciente sexualidad, son personajes que habitan la calle, la escuela, los anuncios comerciales. Las mujeres que deambulan por las historias que recuenta Moreno-Durán son, o han sido, nuestras vecinas de banca, nuestras madres, nuestras parientes. Quienes nos explican lo que hemos hecho o se adelantan a lo que haremos. Y no es extraño que en *Pandora* esto ocurra

del modo más natural: se trata de un escritor que sabe que la única forma de convencer es escenificar. Volver a contar una historia, transformándola. Por eso, este libro puede leerse como un solo relato, como el expediente vivo de las facetas con que hemos decidido contar el eterno femenino.

Como escritora y como lectora (aquí la *a* de ambas terminaciones es clave) me entusiasma que el autor de este libro se haya tomado la molestia de indagar en los grandes personajes femeninos, buscando en los escritores y escritoras de genio del siglo que termina. De este modo, los destinatarios del libro –que espero sean tan numerosos como diversos– podrán comparar las diferencias en el modo de representar aquello que algunos han creído hallar y que otras aún buscan cómo definir. •

Publicado en *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, Bogotá, 2000

ROSA BELTRÁN es narradora y ensayista. Obtuvo el Premio Internacional de Novela Planeta-Joaquín Mortiz por *La corte de los ilusos* (1995).

